

FIDEL ARANEDA BRAVO

EDUARDO SOLAR CORREA

---

DESDE QUE comencé a distinguir los auténticos valores de la literatura chilena, sentí extraordinaria y profunda admiración por Eduardo Solar Correa. Su amor a España, el anhelo vehemente de restaurar aquí los estudios clásicos, esa pasmosa erudición casi humanística, divulgada en páginas limpias, claras y estéticas, y tal vez un antepasado común del siglo XVIII, suscitaron en mí, esa singular admiración por el escritor y su obra. Debo confesarlo sin ambages, aunque Solar Correa jamás fue profesor mío, ejerció en mi juventud verdadero magisterio y grande influjo.

Nuestro autor, que en sus "Semblanzas Literarias de la Colonia" destaca el valor humano de cada uno de los poetas e historiadores que estudia, no ha tenido la misma suerte de sus biografiados; en casi todos los trabajos que se han hecho sobre él —si se exceptúan algunos breves artículos y un prólogo de Alone y otro de Jaime Eyzaguirre— ni se divisa en ellos el hombre de carne y hueso, la intimidad del artista erudito de quien Chile se enorgullece.

Como no quiero incurrir en el mismo error, antes de realizar este estudio —ojalá pudiese lograrlo— procuré penetrar un poco en la humanidad del literato, máxime en su espíritu religioso, esencialmente católico, que supo infundir también con discreción, pero sin reticencias ni cobardías, en toda su labor docente y literaria.

## ATAVISMO

Eduardo Solar Correa era hijo de don Bernardo Solar Avaria, poeta romántico y autor de un libro de "Poesías"<sup>1</sup> prologado por su pariente don Benjamín Vicuña Mackenna, en el cual don Bernardo "no busca renombre"; la publicación "obedece a un instinto", a ese impulso natural innato a las bellas letras y a la lectura que heredó de su antepasado don Francisco Antonio de Avaria y Morales<sup>2</sup>, Administrador General de Tabacos en el siglo XVIII, cuya biblioteca particular, vendida en 1798, tenía 650 volúmenes, vale decir, una de las más numerosas de la Colonia.

El niño, que nació en Viña del Mar<sup>3</sup>, ingresó en el Seminario de San Rafael de Valparaíso a fines del siglo pasado; allí, sin duda, estudió latín y aprendió a gustar la lengua del Lacio; en seguida su tío político don Pedro Nolasco Cruz<sup>4</sup>, crítico acerrado y de recia formación clásica, fomentó en el seminarista su afición por las letras humanas.

<sup>1</sup>*Poesías*. Santiago, 1884.

<sup>2</sup>Francisco Ant<sup>o</sup> de Avaria y Morales casó con Manuela Vásquez de Osorio y tuvieron muchos hijos, entre otros: *José Saturnino*, quien en su mujer Dolores Ortiz de Zárate y Cruz, procreó a *Manuel José*, éste en su mujer Petrolina Maturana y Feliú, tuvo entre otros los siguientes hijos: *Rosa* casada con su primo hermano *José Manuel Luco Maturana* (nieto legítimo de don Bernardo Martínez de Luco y Ruiz de Azúa, fundador de la familia en Chile), fueron padres entre otros de *Natalia y Enriqueta*; la primera de su marido Liborio Bravo y Blanco, su pariente cercano, tuvo varios hijos, de esos anotamos a *Delfina*; la otra, Enriqueta en su pariente cercano, Fidel Araneda Silva (hijo de Isaías Araneda Avaria y de Antonia Silva Araneda) tuvo varios hi-

jos, el mayor *Fidel*, casado con su prima hermana Delfina Bravo Luco, es el padre del autor de este trabajo.

Otro de los Avaria Ortiz de Zárate, hermano de Manuel José, fue José Martín, quien casado con Ignacia Santelices, tuvo entre otros hijos a *Luis*, esposo de María Cruz Correa Toro. Estos fueron padres entre otros de *Delfina*, la cual unida en matrimonio a *Bernardo Solar Vicuña*, fue madre, entre otros, de *Bernardo Solar Avaria*, quien en su mujer *Sara Correa Vergara*, fue padre de varios hijos, entre ellos de *Eduardo Solar Correa*, objeto del presente estudio.

<sup>3</sup>Eduardo Solar Correa, nació en Viña del Mar el 16 de julio de 1891.  
<sup>4</sup>D. Pedro Nolasco Cruz fue casado con doña Susana Correa Vergara.

## ESTUDIOS EN SANTIAGO

En 1906, después del terremoto de agosto, los esposos Solar Correa se radicaron en Santiago y el muchacho de quince años ingresó en el Colegio de los Sagrados Corazones, donde rápidamente se colocó en el primer lugar entre sus discípulos. Desde entonces comenzó a leer con método y asiduidad; concienzudamente anotada ya las lecturas en sus apuntes íntimos.

Subyugábale el latín y, como se penetró de su importancia, lo estimaba indispensable para hacer bien los estudios de humanidades. Prefería la soledad y las buenas lecturas más que los pasatiempos de la niñez y juventud.

Espíritu profundamente religioso; su catolicismo era tan íntegro que nadie descubrió jamás en él, ni un solo renuncio; su corta vida fue siempre rectilínea, como corresponde a un católico sincero, "sin doblez ni engaño".

Por no desagradar a su padre ingresó a estudiar Derecho en la Universidad Católica y en 1917, después que entregó a don Bernardo el título de abogado, comenzó su carrera docente, para la cual tenía especial vocación.

## MAGISTERIO DOCENTE

Estudió también un año la asignatura de Historia en el Instituto Pedagógico, pero esta disciplina no le atraía.

En aquel tiempo, obedeciendo a un "instinto hereditario", escribió algunos poemas, especialmente durante la época de su idilio con la joven<sup>5</sup> que había de ser su esposa en 1918, y más tarde la secretaria fina, culta, comprensiva y fidelísima, a quien ha correspondido disfrutar ahora de la gloria y del prestigio póstumos de su marido, del cual ella es la primera y más ferviente admiradora. No pocos de estos versos aparecieron en la Revista "Los Diez" (1916-1917).

<sup>5</sup>Doña Julia Amunátegui Lastra.

## RETRATO

Solar Correa era de un temperamento frío y linfático y con físico desgarnado: de regular estatura, más bien bajo, delgado, enjuto, pálido y de tez blanca; ojos verdes, cabello castaño, asemejábase a una de esas figuras inmortalizadas por el Greco. Exteriormente no fue un hombre brillante, pero sus clases eran muy amenas. Pasada la primera juventud, cubierto con negra capa española, parecía un hidalgo caballero de Castilla, transplantado en nuestra tierra.

Era una personalidad atrayente: en el hogar, en la cátedra y en el círculo de sus amigos conquistaba profundos afectos y grandes simpatías. Sus discípulos le amaban con admiración y seguían sin vacilar sus sapientísimos consejos.

Hablaba cuidadosamente, un castellano puro, aunque con cierta dificultad y en un tono lento, poco agradable, como si durmiera; tanto en sus clases como en la intimidad, tenía salidas oportunas e ingeniosas. Uno de sus discípulos más fieles<sup>6</sup> ha dicho que "era retraído y solitario, parsimonioso y lento en la palabra que ilustraba de tarde en tarde con el azar delgado de unas manos aristocráticas; parecía un soñador clavado en la imagen lejana y a quien tenían en completo descuido los azares del presente terrible".

Extremadamente metódico y disciplinado: se levantaba siempre a la misma hora, concurría puntualmente a sus clases; y después dedicábase al estudio en su pequeño gabinete del segundo piso de la histórica casa de los hermanos Amunátegui, la de su suegro, en la Alameda. Diariamente suspendía sus labores a las 7,45 de la tarde y salía con premura, acompañado de su esposa, para visitar a su madre que vivía en la calle San Martín al llegar a Compañía; el hombre frío y retraído, amigo del estudio, era hijo, esposo y padre amante.

Por lo menos cada semana reuníase con sus mejores amigos en el cerro Santa Lucía: allí se daban cita, Osvaldo Vicuña Luco, D. Luis Larraín Cotapos, Chela Reyes, Carlos Charlín Correa, D. Adolfo Bascuñán Eastman, Hernán Díaz Arrieta y

<sup>6</sup>Jaime Eyzaguirre Gutiérrez. Prólogo de la 2ª Ed. de las *Tres Colonias*.

D. Roberto Peragallo que había sido maestro de Solar Correa en el curso de Derecho. Se deslizaba sin tropiezo hacia los temas literarios y artísticos de su predilección, en los cuales también eran peritos Vicuña Luco, Charlín Correa y Díaz Arrieta. Los domingos iba al parque de Peñalolén, donde él y sus amigos eran huéspedes de don Luis Arrieta Cañas. En la quietud de la montaña nevada, Solar Correa gozaba lo indecible en la contemplación de la naturaleza y entregábase con fruición al descanso, después de una semana agitadísima en el magisterio, no exento de combates y en la preparación de sus obras.

### EL HOMBRE RELIGIOSO

A su misa dominical y a la comunión de los primeros viernes, no faltaba jamás: practicaba la piedad con gran fervor y profunda convicción; en ellas encontró fuerzas espirituales para defenderse de sus solapados enemigos y proseguir, fiel a sus principios, las tareas emprendidas. Noche a noche recitaba esta hermosa plegaria, síntesis de su intensa y ejemplar vida católica: "Dadme, Señor, la firme voluntad, compañera y sostén de la virtud, la que trueca en tesón la caridad y el cariño en paternal solicitud".

### CATEDRÁTICO

Eduardo Solar Correa era maestro por vocación, ella obedecía a un instinto irresistible, a un deseo vehemente que su padre no comprendió, pero él tuvo la suficiente personalidad como para librarse de prejuicios y no ejerció la profesión de abogado, estudió para complacer al autor de sus días y en seguida dedicóse al profesorado. Dicen sus discípulos que le fascinaba "El Quijote", quizás el héroe de la novela inmortal era su mejor retrato.

Después de diez años de magisterio en el Liceo Alemán y tras largos y pacientes estudios literarios, concursó la nueva cátedra de Estética Literaria en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile; entre los opositores se encontraba nada menos que Mariano Latorre, por quien Solar Correa sentía grande ad-

miración y profundo cariño. El examen fue brillante, habló con desembarazo sobre "el surgimiento y desaparición de los géneros en literatura" e hizo "el estudio psicológico de las formas estilísticas del capítulo v de Don Quijote". La ciencia y la práctica fueron en su ayuda y triunfó. Durante cuatro años nuestro Instituto Pedagógico le contó entre sus grandes y experimentados catedráticos. Tuvo numerosos alumnos y en poco tiempo ganó laureles halagadores.

Con sus discípulos era afectuoso y cordial, no necesitaba recurrir a la severidad para hacerse respetar, imponíase por su prestigio; estimuló a los jóvenes en los estudios serios, indicábales las lecturas apropiadas y útiles; combatía el error, rectificaba el criterio, pero siempre con ánimo sereno, sin ofuscarse, para inspirar respeto e infundir valor a sus alumnos.

Mas, el sectarismo que no pierde ocasión para manifestarse en nuestra enseñanza, siempre cruelmente azotada por la politiquería, hizo guerra tenaz y solapada al maestro influyente y no paró hasta que le quitó la remuneración; empero, a él no le interesaba el sueldo, jamás se preocupó de amasar fortuna, le seducían más los bienes espirituales; entre Don Quijote y Sancho, prefería al primero; él, como su padre, no "buscaba renombre", era maestro por vocación y continuó frente a su cátedra como profesor extraordinario. Los discípulos le comprendían y siguieron al maestro con amor y fidelidad.

### SU OBRA LITERARIA

En los últimos años de su vida, en plena madurez, trabajaba mucho, leía y releía sus obras para hacer nuevas ediciones, las cuales agotábanse rápidamente; preparaba también otros libros, de tal manera que escribía mucho; para que él descansara un poco de tantos afanes, su esposa y confidente leía en la noche cuanto había escrito durante el día.

Solar Correa huía de todo aquello que pudiese tener visos de utilitarismo, era genuinamente espiritual y muy desinteresado y por lo mismo no le agradó jamás la politiquería ni los

empleos lucrativos; sólo aceptó el cargo de síndico de las Religiosas del Buen Pastor, sin remuneración alguna, para suceder a su padre que también ejercía esas funciones heredadas del suyo.

En los ratos de ocio y en épocas de vacaciones, el maestro y escritor dedicábase al arte fotográfico, en el cual tuvo grandes aciertos; el mismo revelaba las películas; más tarde compró una máquina filmadora con la cual pasó momentos de mucho agrado.

Eduardo Solar Correa trabajó toda su vida de catedrático y hombre de letras para restaurar los estudios clásicos e infundir en los chilenos ese amor a España que llevaba muy adentro de su alma, convencido de que toda nuestra cultura y civilización la debemos a la Patria de nuestros mayores.

Sorpresivamente, cuando trabajaba con mayor entusiasmo, una peritonitis aguda le llevó de esta ciudad terrena a la celestial, el 10 de julio de 1935.

#### LA CUESTION SUBMARINA ANTE EL DERECHO INTERNACIONAL

Sólo un hombre tan ricamente dotado como Eduardo Solar Correa podía realizar la magnífica obra literaria que legó a la posteridad y en la cual reverbera su grande amor a España y a las letras clásicas.

El primer trabajo es su tesis LA CUESTION SUBMARINA ANTE EL DERECHO INTERNACIONAL, con la que obtuvo el título de abogado en 1917. Estudia aquí el punto de Derecho Internacional que creó la guerra Europea: la acción de los submarinos. Era un tema de grande actualidad, por lo cual su autor la publicó dos veces el mismo año, la primera como memoria y la segunda a modo de libro, con prólogo de don Oscar Blanco Viel.

#### IDIOMA PATRIO<sup>7</sup>

Algunos años ejerció la profesión de abogado, pero, poco a poco, fue dejándola hasta que la abandonó por completo: "no

<sup>7</sup>Todas las citas que aparecen en esta semblanza están tomadas de las Obras de Eduardo Solar Correa; el erudito que desee confrontarlas, búsquelas en cada libro del autor que aparece en la Bibliografía.

buscaba gloria ni renombre"; su vocación era el magisterio. Desde que recibió el título profesional regentó la asignatura de Castellano en el Liceo Alemán, de los Padres del Verbo Divino; y con escrupulosidad comenzó a prepararse para el recto ejercicio de las tareas docentes: jamás había estudiado el ramo en el Pedagógico ni en la Escuela Normal; aprendió un poco de Latín en el Seminario de San Rafael, pero como lo consideraba indispensable para el mejor conocimiento de la Literatura Española, hizo un curso especial hasta llegar a poseer el idioma del Lacio. Con el aprendizaje de la lengua madre y la lectura de los clásicos latinos y españoles y los principales autores europeos e hispanoamericanos y la esmerada preparación de sus clases, adquirió muy pronto una cultura superior y llegó a ser un autodidacta en la materia, con extraordinaria capacidad y competencia para realizar la obra que en Chile faltaba, a fin de orientar a los profesores y alumnos de Castellano y Literatura Española.

En 1922, con la colaboración del experimentado profesor D. Emilio Tizzoni, comenzó la publicación de los textos mixtos de Historia de la Literatura Española y de Retórica, que se enseña en los años cuarto, quinto y sexto de las humanidades, a los cuales tituló IDIOMA PATRIO.

Si la obra no tuviese otro mérito que el de la prioridad, bastaría para elogiarla; sin embargo vale también por la clara exposición y acertado juicio crítico de las épocas y autores, todo lo cual facilita la tarea del profesor y permite a los jóvenes estudiantes tener una idea de conjunto distinta y exacta de toda la literatura española. Pero lo más importante en este trabajo de Solar Correa es su espíritu de justicia para exaltar los valores eclesiásticos en las bellas letras, como católico da a cada uno lo suyo, y asigna a la Iglesia y al clero la importancia que tienen en la formación de la cultura y de la Literatura Española: "El espíritu religioso y el amor a lo heroico que ya nunca abandonarán a las letras hispanas —se manifiestan en este período con especial relieve".

En el segundo tomo EDAD DE ORO subraya que "España asumió el rango de campeón del catolicismo"; justifica, o mejor, ex-

plica la "Inquisición" y dice que "la lucha casi milenaria sostenida contra los moros había identificado en España las ideas de patria y religión, es fácil comprender que al tribunal encargado de perseguir a los que profesaban otra fe, se le consideraba como una defensa o baluarte de la raza". Pone énfasis para decir que "no era menos frecuente hallar —en el Siglo de Oro— al hombre de letras bajo el hábito del sacerdote o del fraile, como ocurre con León, Granada, Argensola, Herrera, Góngora, Rioja, Caro, Mariana, Tirso, etc.". Vale decir lo mejor que produjo la Península Ibérica en aquel tiempo. "La religión —prosigue en los renglones siguientes— constituye otra de las fuentes literarias más fecundas: A menudo encontramos unidas en la misma composición, la inspiración heroica y religiosa, pero a veces esta última se presenta sola".

Admira sin reservas a los dos luises, al primero, en la "Literatura Española", le compara con Goethe; y don Ricardo Dávila Silva, un tanto zumbón y volteriano, con mucho saber y poco gusto literario, considera paradójal este símil, tal vez porque el humanista hispano era fraile; aunque con muchísima menos autoridad que Solar Correa, suscribo la comparación; a Granada lo vindica de los injustos cargos de retórica y altisonante de que fue objeto y da testimonio de que "su estilo no admite la menor muestra de estudio y artificio".

En su afán de valorizar la literatura chilena e hispanoamericana, al hablar del género histórico menciona al Inca Garcilaso y al Padre Alonso de Ovalle cuyas obras "pueden competir por su interés y su excelente prosa con las mejores producciones españolas del actual período".

En el TERCER VOLUMEN estudia los siglos XVIII, XIX y XX de las letras españolas. Explica las causas de la estagnación científica, artística y literaria del siglo XVIII y dice que "una de ellas es el florecimiento del churriguerismo, estilo grotesco y recargado"; "in hoc non laudo". El estilo de Churriguera en la arquitectura y escultura es recargado de adornos, retorcido y ostentoso, con ausencia de líneas como exageración del barroco, pero en ningún caso debe afirmarse que es "grotesco".

Lo mismo que en los tomos anteriores, siempre hace resaltar con maestría inimitable, la obra de los autores católicos, y en

éste, naturalmente, dedica estudios muy completos y valiosos a doña Emilia Pardo Bazán —católica ferviente— “campeón teórico y práctico de la escuela naturalista, sólo aceptó los procedimientos literarios de ella”; y a don Marcelino Menéndez Pelayo “el defensor y restaurador de las gloriosas tradiciones españolas, tanto en el orden científico y religioso como en el literario y artístico”. De la generación del 98, ya en el modernismo, el autor preferido de Solar Correa, y con razón, es Ramiro de Maeztu, “convertido de la extrema izquierda hacia el catolicismo tradicionalista que profetizó con su clarividencia, la invasión del comunismo en que nadie creía y se creó una situación de aislamiento absoluto entre los intelectuales”.

#### ANTOLOGIA DE POETAS HISPANOAMERICANOS

Viene en seguida la Antología de Poetas Hispanoamericanos en 1926. Solar Correa divide la obra en tres partes: Clásicos 1810-1840; Románticos 1840-1888 y Modernos 1888-1926; pero nuestro crítico ha caído aquí en el mismo error de casi todos los autores chilenos de esta clase de trabajos literarios: pretende espigar lo mejor de allí donde no hay nada bueno. “Antología”, según el valioso “Diccionario Ideológico” de D. Julio Casares, es un “florilegio o colección de trozos selectos de obras literarias”. Para que exista una Antología debe haber obras de las cuales seleccionar lo mejor; y es un hecho que la poesía hispanoamericana original no existió hasta fines del siglo pasado y comienzos del presente, de tal manera que los poemas clásicos y románticos, elegidos por el antologista, carecen de valor artístico; con excepción del chileno Guillermo Blest Gana y del uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, que fueron escasamente favorecidos por las musas, los demás no merecen el honor de la antología. El mismo D. Andrés Bello, que era humanista genuino de cultura ecuménica, no poseía la gaya ciencia, precisamente porque es la única que no puede adquirirse.

En general, los autores que Solar Correa denomina clásicos y románticos, no son poetas sino simples versificadores, en el

mejor de los casos imitadores, quejumbrosos, altisonantes, declamadores y ramplones, en cuyas estrofas no hay el más mínimo aliento de vida.

La poesía, como afirma el crítico, "es algo indefinible"; pero ella existe únicamente cuando hay en el alma una idea original, un pensamiento íntimo que toca misteriosamente la sensibilidad y produce el acento rítmico y la nota emotiva que canta y sugiere.

Las acertadas notas críticas de esta Antología no se compadecen con los versos que espiga. El mismo Solar Correa, muy juiciosamente reconoce que no pocas de las poesías insertadas son mediocres; y cita opiniones de críticos exigentes como Menéndez Pelayo, las cuales confirman nuestra modesta opinión sobre la inexistencia de la verdadera poesía original hispanoamericana clásica y romántica, salvo contadísimas excepciones. El humanista español dice por ejemplo, al referirse a Olegario Andrade, el argentino: escribió "para ser leído en voz alta y resonante y para ser aplaudido a cañonazos" es decir, la negación más absoluta de la verdadera poesía.

Lo mejor de la Antología es la tercera parte, los modernos, que Osvaldo Vicuña elogia sin reservas. En este período ya hay algunos poetas genuinos cuyos versos son dignos de figurar en un florilegio; pero es evidente que hay muchos sin gran trascendencia como Pedro Antonio González, Rufino Blanco Fombona, Carlos Pezoa Véliz y en cambio faltan las figuras señeras de Diego Dublé Urrutia y Pedro Prado y si bien es cierto que en 1926, Vicente Huidobro (33 años) y Pablo Neruda (22 años) eran muy jóvenes, ya estaban maduros como grandes poetas y no debían omitirse en una Antología.

Su amor al pasado traicionó a Solar Correa y sí le sobraba espíritu crítico, en este caso no estuvo a altura de sus profundos conocimientos de Estética Literaria.

#### ESCRITORES DE CHILE

En cambio su florilegio de los ESCRITORES DE CHILE, hecho en dos pequeños volúmenes en 1932, denuncian al hombre re-

finado y juez competente de nuestras Bellas Letras. En la elección de los prosistas acertó casi plenamente, mas donde vuelve a fallar es en los poetas: de nuevo ofrece poemas de doña Mercedes Marín del Solar, Salvador Sanfuentes, Eusebio Lillo, Guillermo Matta, Eduardo de la Barra, José Antonio Soffia y Enrique del Solar.

Solar Correa, en el primer tomo, se queja de la ignorancia que existe entre los chilenos de sus valores literarios, y para llenar este inmenso vacío publica los dos volúmenes, en los cuales hace una breve semblanza de los autores con escasos juicios críticos y transcribe un cortísimo trozo de su obra; el antologista manifiesta que se hace "sentir la necesidad de una seria revisión de nuestros valores literarios".

Comienza la selección con las cartas de Pedro de Valdivia que dan una gráfica visión de nuestra tierra y de los sucesos de aquellos días lejanos y termina con Pedro Balmaceda Toro, erudito de la literatura, cuentista de portentosa imaginación y crítico de arte, a quien "la política y las discusiones teológicas —gratas a nuestro siglo XIX— jamás interesaron" (Quizás por eso su nombre no suena en ninguna de nuestras historias literarias).

El Antologista hace justicia a muchos de nuestros escritores ignorados u olvidados: nadie, fuera de los eclesiásticos, conocía a don José Hipólito Salas "el más grande de nuestros oradores sagrados, hábil escritor y controversista teológico". D. Ramón Sotomayor Valdés, los Arteaga Alemparte, Rómulo Mandiola, Rafael Egaña y Pedro Balmaceda Toro vivían anónimamente hasta la publicación de esta obra, la primera sobre la materia que se realizó en el país metódicamente. Otra de las cualidades de esta Antología es que los fragmentos dan una visión más o menos perfecta del estado del país en el tiempo que vivieron los autores antologados.

El catedrático y escritor había llegado ya a la madurez de los cuarenta años, en la cual el hombre da el máximo en el orden espiritual y físico; a partir del año 1933 nuestro autor escribe sus mejores obras, aquellas que le han inmortalizado.

Antes de referirme a sus libros, para seguir el orden cronológico de las publicaciones, dedicaré unas pocas líneas a la

## TECNICA LITERARIA

que actualmente lleva ya siete ediciones. Son los mismos ELEMENTOS DE RETORICA que publicaba en el segundo volumen del IDIOMA PATRIO, ahora muy completos, con ideas generales de literatura y estilística e incluye también las figuras, los diversos géneros literarios y la métrica.

El autor sabía que el arte de escribir no se aprende por libros; para el cultivo de las bellas letras hay que tener disposiciones especiales, cierta inclinación natural y en seguida superarse mediante el ejercicio y las buenas lecturas, de tal manera que este pequeño trabajo va principalmente dirigido a orientar al lector para que lea con provecho; la obra está destinada también a los estudiantes del segundo ciclo de humanidades, a los cuades sirve aún como texto en la asignatura de Castellano.

## SEMBLANZAS LITERARIAS DE LA COLONIA

Pero sin duda la obra maestra de Solar Correa es SEMBLANZAS LITERARIAS DE LA COLONIA (1933), en ella examina con prolijidad y seguro juicio crítico, la producción de los seis grandes literatos de la Colonia: las dos primeras biografías están dedicadas a los poetas Alonso de Ercilla y Pedro de Oña, los únicos seglares entre esas figuras cumbres de nuestro pasado colonial; y a los cuatro historiadores jesuitas, Alonso de Ovalle, Diego de Rosales, Miguel de Olivares y Felipe Gómez de Vidaurre que representan la flor y nata de la literatura chilena en los tres siglos de la dominación española.

Este libro es fruto de los vastos estudios clásicos del autor, quien había nutrido su inteligencia de la "médula del trigo" y en la "miel de la piedra"<sup>8</sup> que brota de la lengua del Lacio y estimaba nuestro pasado literario como el valioso exponente de esa cultura grecorromana que dio al mundo sus mejores ingenios en las letras y en las artes. Cuando comenzó esa revisión sobre la literatura chilena de antaño, por él tan acariciada, le fue muy grato descubrir estas seis antenas que recogieron las potentes y ricas corrientes del clasicismo y las emitieron en

<sup>8</sup>Ps. 80, 17.

obras perdurables que hoy constituyen un verdadero legado artístico nacional.

### ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA

Naturalmente la semblanza de Ercilla está encuadrada en el análisis de LA ARAUCANA, poema épico singular, sin héroe, en el cual exalta tanto el heroísmo del soldado español como el del guerrero araucano y que aún “con sus anacronismos y sus errores psicológicos con ausencia del paisaje, su lentitud narrativa y sus mal escogidos episodios, tiene el doble mérito de ser el mejor poema histórico español y la primera obra poética que América inspiró a Europa”. Gracias a Ercilla, Chile es el único pueblo hispanoamericano que posee su propia epopeya.

Solar Correa, que vivía cautivado por la España del Siglo de Oro, explica la ausencia de un personaje principal en el poema, debido a la hegemonía de España en esa época y “las cosas de la Araucanía no significaban nada en aquella hora de grandeza hispánica”. D. García Hurtado de Mendoza, que pudo ser el protagonista, aparecía pequeño e insignificante “frente a los grandes generales del Imperio”. Ercilla, hombre de su tiempo, dotado de indudable buen sentido, hubo de comprenderlo así, y se limitó a enaltecer a España en el esfuerzo anónimo de sus hijos”. Semejante criterio se manifiesta por demás explícito en las excusas que el poeta ofrece cuando episódicamente, mezcla a la guerra de Arauco, las brillantes acciones de Lepanto y San Quintín. “No es poco atrevimiento —dice— querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde”.

Como estudio psicológico, la semblanza de Ercilla vale menos que las otras y se colige de su lectura que el autor de LA ARAUCANA era un soldado aventurero, “historiador para los españoles y poeta para los araucanos”, hijo de su época renacentista, tan hispanófilo que en sus cantos convierte en españoles a los araucanos y al fin triunfan las armas de aquellos.

En las demás semblanzas, a través de las obras de los escritores, Solar Correa con maestría excepcional, descubre al hombre con sus virtudes y defectos: a medida que se interna en las estrofas de Oña y en las páginas de los cronistas e historiadores,

el crítico y biógrafo va mostrando las diversas facetas del alma de los autores.

### PEDRO DE OÑA

Según propia confesión, en su *ARAUCO DOMADO*, sigue las huellas de Ercilla, e introduce en Chile la poesía enfática e hiperbólica, pero tiene mayor sensibilidad que aquél, gracias a que no era historiador sino esencialmente poeta. "Es un hombre de gustos refinados, un alma tierna, nacida para hablarnos de idílicos amores, y que las circunstancias vistieron de hierro" afirma Solar Correa. Poseía Oña un alto sentido de la gratitud y por eso este canto tiene su héroe: don García Hurtado de Mendoza.

Poeta hiperbólico por antonomasia, desconoce la medida; el autor de estas *Semblanzas* le compara con Ercilla, Garcilaso y Góngora "porque es dos veces más lírico que épico" y cree que Ercilla frustró al poeta que había en Oña. Este admira la naturaleza y la canta con acentos llenos de colorido; y por lo mismo es más artista que Ercilla. Para el autor del *ARAUCO DOMADO* los indios eran más poetas que guerreros. Si hubiese vivido en nuestra época habría sido un poeta creacionista, discípulo, y quizás émulo, de Vicente Huidobro. "Baraja los hombres con las estrellas —ya hemos visto que trata a los astros como personas y a las personas como astros". Defiende a Oña contra la aseveración gratuita de don José T. Medina, de que era desdeñoso del bello sexo, un espíritu grave, previsor, circunspecto y asegura que más bien da la impresión de un mozo atolondrado y fantasista, hiperbólico y apasionado, acaso un tanto ingenuo, pero noble y caballeresco y extremadamente sensible a los encantos femeninos". Más adelante explica que el "artista —llámese pintor, músico o poeta— refleja mejor en su arte aquello que más ama y mejor conoce, y Oña en nada está tan bien como en las escenas de amor".

Finalmente expresa que es necesario "buscar al hombre que se oculta en cada escritor, no tanto en las declaraciones explícitas como en la obra misma, y aún con mayor razón, cuando ésta aparece en manifiesta contradicción con aquéllos; y el mis-

mo Oña tal vez nos previene en este sentido al expresar que es una gran sabiduría:

estando el corazón alborotado  
fingir tranquila y mansa la figura:  
el río mientras tiene más hondura  
veréis que va más sesgo y sosegado”.

Saludemos —dice el autor al fin de su largo y hermoso retrato— al padre de la poesía chilena y americana, mas no le sigamos imaginando como un anciano patriarca grave y doctoral, sino como un patriarca joven —sui generis— en el que alentó un alma vehemente e imaginativa, enamorada de la belleza de la mujer y de la última moda literaria.

#### ALONSO DE OVALLE

es aún más extensa y tal vez la mejor de las seis.

Al autor no le interesa el historiador, desca estudiar al prosista; le subyuga en Ovalle la sencilla e ingenua eufonía del estilo, esa prosa poética que por vez primera se escribió entre nosotros.

El jesuita da una visión acabada de aquella época pretérita, con su alma y sus costumbres, y el paisaje que vieron otros ojos apagados siglos ha “y lo que es más bello aún, descubre en su obra la cordillera chilena”. El libro de Ovalle “es el primer intento de historia artística que se haya realizado en nuestro país”.

A través de su HISTORICA RELACION y por la constante eufonía de su estilo, desde luego hace sospechar una desarrollada sensibilidad auditiva, que en Chile, durante el siglo XVIII tuvo, sin duda, muy pocas ocasiones de ejercitarse sino fue escuchando el cantar de las aves, cuya dulce música y armonía hacen mayor y más apacible el entretenimiento de sus campestres solaces”.

También poseía Ovalle el sentido del olfato, por el recuerdo que hace de las olorosas flores chilenas de la fragancia que a larga distancia sentíase en la iglesia Catedral durante el octavario de Corpus y en la procesión del Tránsito de María. Según

Eduardo Solar Correa, cada época tiene su sentido predilecto y el siglo xvii, es el del olfato.

Pero en Ovalle hay igualmente una fuerza extremada de la sensación táctil: las descripciones de los arroyos y manantiales; y el agua para él, no sólo es clara y cristalina, sino también "suave y blanda", "el agua provoca en su epidermis una especie de voluptuosidad": "la vida es una noble fiesta para este goloso de sensación" dice el autor y le compara con Baudelaire, lo que no es poco decir en elogio de Ovalle.

Hombre apasionado y grande apóstol: instruye a los negros, funda y dirige cofradías, organiza procesiones, predica en la ciudad y en los campos como misionero y para que nada falte en su vigorosa y múltiple personalidad, dicta clases de Filosofía, visita hospitales y organiza fiestas escolares "con músicas y saraos" y certámenes literarios. Gran patriota, su *Histórica Relación*, "escrita en Roma, es fruto de su amor a Chile".

"Nacido en Castilla —asegura el biógrafo— el P. Alonso de Ovalle hubiera sido un alma gemela de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Tenía de ellos la pasión, el fervor religioso, la delicada sensibilidad y aquella mezcla singular de actividad práctica y de ensimismamiento contemplativo". Solar Correa, hombre de grande actividad, pero eminentemente espiritual, aborrecía el utilitarismo y el ruido estridente y por lo mismo sabe comprender al Padre Ovalle: "Similia similibus curantur".

Finalmente el autor se refiere al estilo del jesuita, lo compara con el de los clásicos y sostiene que, con excepción de los místicos, a casi todos ellos "supera en sensibilidad y fineza". Comprueba que el parentesco está precisamente en el léxico castizo y numeroso que "como buen latinista siempre sabe emplear con admirable exactitud y propiedad y en su frase noble, reposada y armoniosa, un poco pleonástica y con todo no exenta de cierta gracia criolla, nacida ya de algún giro inesperado, ya de algún vocablo popular expresivo".

Solar Correa, admirador ferviente y convencido del latín, supo gustar la prosa de Ovalle, fiel trasunto de la recia formación clásica de quien con tanta justicia fue incluido entre las Autoridades de la Lengua Española.

Nuestro crítico no podía ocultar el gozo que experimentó mientras estudiaba la vida y obra del Padre Alonso y así lo confiesa al fin de esta semblanza, en frases muy propias de su sensibilidad poética: "Quizás en este ensayo, le hayamos mirado con una simpatía, con una admiración exagerada. Pero nunca será posible que un añejo infolio nos entregue su secreto si no nos resolvemos a acercarnos a él con espíritu cordial, y así nos hemos allegado a esta vieja cisterna de los tiempos coloniales donde abrieron su eterna sed de historia los primeros chilenos y en cuyo espejo profundo, inmóvil, duermen lozanas las imágenes de aquella edad desvanecida".

#### LA IMAGEN DEL PADRE DIEGO ROSALES

historiador de la Colonia, en cuya obra se documentaron principalmente los historiógrafos del siglo pasado, recobra viva realidad en la pluma diestra de Solar Correa.

Aunque el sacerdote jesuita era español, el autor piensa que es tan chileno como cualquiera de nosotros, porque en su obra "nada lo emparenta con la literatura peninsular sino al contrario, sus gustos y tendencias y hasta sus defectos hállanse en perfecta consonancia con los de la literatura criolla".

Rosales es de aquellos españoles que olvidan "todo lo que allá en la Madre Patria les interesaba —asuntos, géneros y tendencias literarias e inspirándose en Chile, en las cosas de Chile, cultivan aquí las únicas formas que fueron dilectas a los criollos". Si el historiador nació en España, su labor literaria pertenece a Chile.

En la obra sigue el plan de la Histórica Relación de Ovalle, pero se caracteriza por su afán misionero, a él le preocupó principalmente la evangelización de los indios y el libro podría titularse "La Conquista Espiritual de Chile".

El jesuita "es uno de nuestros mejores prosistas de la Colonia", escribe "con soltura y corrección", su frase es castiza, clara y ordenada; "el estilo fácil y llano no carece de atractivos. Hay cierto sabor realista muy español que suele comunicar a su palabra notable virtud expresiva y pintoresca", pero

no faltan períodos en los cuales el tono es “verboso, retórico y bombástico”.

Cerebro bien organizado, espíritu científico y analítico con tendencia filosófica, aunque su Historia fue conocida sólo en el siglo pasado y no ejerció en nuestras letras el influjo que tuvo la del Padre Ovalle, ella “es sin disputa el monumento más importante que nos ha dejado la fértil historiografía de la Colonia”.

Hombre sensato, no acoge todos los milagros que le cuenta la plebe, sin embargo cree, por ejemplo, “que las sirenas suelen frecuentar nuestras costas”; Solar Correa no se sorprende por ello, antes al contrario, agradece al historiador esto que él llama “testimonios psicológicos”, “merced a los cuales hoy nos es dado penetrar en el fuero íntimo de nuestros antepasados”. En seguida nuestro crítico, enemigo irreconciliable de la política, vicio endémico de los chilenos —dice con cierta ironía y malicia, también muy criollas: “En el siglo XVIII no había política en Chile; reinaba sólo la religión, y los milagros en que se creía, eran nacidos de ese sentimiento. Hoy se cree en los milagros políticos, en la influencia mágica de ciertos regímenes, a los que se supone virtud suficiente para transformar la esencia misma de las cosas, para cambiar las inmutables leyes económicas y aún para alterar los fundamentos de la psicología humana, ilusiones que a la postre crean un concepto falso —no del mundo material como antaño— pero sí de la sociedad y del hombre y en este nuevo género de misticismo hay también sirenas y demonios”. El autor de estas *Semblanzas Literarias* dio en el clavo: era un observador fino y cáustico: el chileno, como casi todos los hispanoamericanos, salvo excepciones, no es dado a las disciplinas intelectuales, máxime en esta época de atolondramiento y rapidez vertiginosa, vive más de impresiones, de afectos, así apenas llega a la adolescencia, sin profesar doctrina ni moral sólidas, inclínase a la política de partidos, donde triunfará sin grandes esfuerzos ni preocupaciones de conciencia. En nuestro país ha llegado a extremos tan insólitos, aun en este mismo siglo XX, como el de expatriar sacerdotes por el delito... de predicar las doctrinas sociales de la Iglesia.

El amor a España lleva muy lejos a Solar Correa, y en su afán —justísimo por lo demás— de engrandecer todo lo hispánico, alaba a Rosales, porque aunque elogia la bravura de los araucanos, no se deslumbra ante ella y el historiador honrado no puede menos de “reconocer la superioridad física de los españoles”. Condena el autor lo que él denomina “estulto romanticismo indígena” o “propaganda indigenista”. “El criollismo, dice —transcribiendo al filósofo mestizo mexicano José Vasconcelos— es unidad de raza y unidad humana frente a la competencia de los otros tipos étnicos. El criollismo es una fórmula cuajada en cuatro siglos de labor y dolor; pero su efecto es de seguridad y de unidad. El indigenismo que hoy nos ofrecen los extraños es una invitación a traicionar nuestra propia idiosincrasia”. . . . “Los cuatro siglos hispánicos han estorbado, siguen estorbando a todos los que creyeron que una vez destruido el poderío mundial de España, iba a ser fácil recoger el botín de las naciones de América”. “A confesión de parte, relevo de prueba”.

A propósito de Rosales, insiste Solar Correa, en la sensibilidad de los mal conocidos escritores de la Colonia y refiérese al olfato del Padre Diego, “que siempre se halla alerta, le compara con Ovalle y con Berceo y, especialmente recuerda aquí a Cervantes, en la aventura de los batanes de “EL QUIJOTE”. Uno de los alumnos de nuestro catedrático y ensayista decía que en sus entretenidísimas clases, deleitábase tanto en comentar la novela inmortal que le hacía perder el juicio.

Finalmente evoca “al hombre apetitoso de buen humor, irónico y alegre, al par que abnegado evangelizador, prototipo de España misionera en su dos grandes siglos”, como dice Ramiro de Maeztu; pero su acción heroica de conquistador la realiza en la defensa de Boroa, para la cual arrojó a la fragua los vasos sagrados.

#### LA FIGURA DEL PADRE MIGUEL DE OLIVARES

habría resultado más nítida y exacta, si Solar Correa se hubiera preocupado primero de investigar la fecha del nacimiento del historiador. Desde la primera línea el crítico asegura —si-

guiendo a los investigadores del siglo XIX— que el Padre Olivares vivió ciento trece años. Le aumenta veintitrés, el jesuita llegó apenas a los 80, nació en 1713 y murió en 1793.

Inmediatamente nuestro autor descubre al hombre, en el prefacio de su "Historia del Reino de Chile", donde explica que en esas páginas sólo pretende, en "reverencia de su estado y de los hombres de buen juicio, transmitir a los venideros la verdad incorrupta, no cuidando de la honra que me darán o negarán por verídico sino de la que deberán darme".

En seguida habla Solar Correa del "buen anciano a quien la pluma le fue arrancada bruscamente de las manos y sin más bagaje que sus papeles y sus noventa y cinco años, hubo de abandonar para siempre esta tierra amada, cuyos hechos anhelaba hurtar al silencio y al olvido". En la época de la expulsión de los jesuitas, el Padre Olivares tenía sólo 54 años y no 95, tengo que defender la perenne juventud de los 54 años...

El historiador del Coloniaje escribió dos obras: la Historia de la Compañía de Jesús y la de Chile. Aquella es su obra capital en cuanto erudición; pero para nosotros —dice Solar Correa— que corremos tras el hombre, tras el escritor, su obra fundamental es la "Historia del Reino de Chile". Ella nos servirá principalmente de base a lo largo de este estudio.

Nuestro autor admirábase de que el jesuita hubiera logrado su perfecto desarrollo intelectual a los 86 años de edad, que tendría, según la fecha errónea de su nacimiento, el año que escribió la "Historia del Reino de Chile"; en cambio —para Solar Correa— a los 60, cuando el Padre dio a luz su primera obra "era todavía un niño, desprovisto de juicio y sin opinión propia, propenso a aceptarlo todo, milagrero, crédulo en brujerías, pactos diabólicos y en todo género de influencias sobrenaturales".

No hay de qué extrañarse: a los 23 años el religioso no podía concebir mejor su primer libro, en verdad "era todavía un niño, desprovisto de juicio y sin opinión propia"; pero a los 55 —época de su vida que escribió el otro— había sobrepasado ya el "perfecto desarrollo intelectual", y naturalmente no fue a los ochenta y ocho sino a los cincuenta y cinco cuando se convirtió en una de las mentes más agudas, sólidas e indepen-

dientes que es posible hallar en aquellos tiempos". Es decir que el Padre Olivares era un hombre inteligente como cualquiera.

Ni en la Colonia, ni durante el pasado siglo hay escritores longevos, para encontrarlos debemos llegar a esta centuria: Alberto Blest Gana escribe en 1909, a los 79 años, su novela "El Loco Estero", que no es de las mejores; monseñor Crescente Errázuriz y don Francisco Antonio Encina, historiadores que publican sus mejores obras después de los 72 años; don Alejandro Silva de la Fuente y don Emilio Rodríguez Mendoza, hoy el más veterano de nuestros grandes escritores, escribieron en la prensa santiaguina a los 85 años.

Alaba Solar Correa el maravilloso lenguaje del Padre Olivares y dice que le preocupa la perfección de la forma, lo cual queda de manifiesto en el prólogo de la Historia del Reino de Chile, verdadero tratado de estilística; todo esto hace pensar al autor de estas "Semblanzas Literarias de la Colonia" que "en aquellos tiempos se hacía crítica literaria y se atribuía importancia a la forma, en la cual se era particularmente exigente, naturalmente era crítica verbal, no escrita, que es la manera cómo este género se ha iniciado en todos los países". Cree que en el estilo de Olivares influyeron las letras francesas, y a renglón seguido agrega, que "no es hombre de exquisiteces de estilo este fornido y masculino temperamento". En seguida Solar Correa reincide en el mismo error y atribuye a "la cordura que le dio la ancianidad" unas palabras que, en último análisis, encierran el único precepto valedero y permanente en el arte de la forma literaria: "Como esta (obra) se ha de extender a materias muy diversas —escribe el Padre Olivares— será preciso apropiarse a la calidad de ellas el carácter del estilo". El docto jesuita tiene un lenguaje natural y oportuno, trae a las letras preocupaciones nuevas y marcha a la vanguardia, pero sus páginas constituyen el último reducto de rancios gustos y maneras". Es el último de los escritores de la Colonia que mira al pasado y representa "el postrer retoñar de una tendencia literaria que germina con Ercilla".

Solar Correa es crítico a carta cabal y su mayor deleite consiste en hacer comparaciones. Pone a Olivares frente a los his-

toriadores de la Colonia: concluye que no investiga como Rosales, ni describe a la manera de Ovalle, en cambio celebra con amor el suelo patrio. Le atrae la naturaleza humana, conoce a los araucanos como ninguno de los escritores de su tiempo.

Olivares es un sicólogo penetrante “y un acerbo, pero acertado crítico de costumbres”; y aquí Solar Correa está en su elemento. Considera las páginas críticas del jesuita como las mejores de su obra: los reparos que dirige a la enseñanza de su tiempo, por lo menos en lo fundamental, cuadran admirablemente a la enseñanza de nuestros días. “Léase esta frase y méditesela: El empeño, partido, intriga, y aun el soborno en la elección de catedráticos; y este espíritu imprudente de apetecer y procurar los premios de la ciencia; no la ciencia misma”.

El tema apasiona al crítico autor de las *Semblanzas*, quien sostenía entonces (1933) porfiada lucha contra el sectarismo que pugnaba por arrebatarse su cátedra de Estética Literaria en el Pedagógico; y de palabra y por escrito combatía también el utilitarismo en las letras y en la enseñanza: Solar Correa no deseaba otra cosa que volver por los fueros de los estudios humanísticos. Al referirme a su Ensayo cumbre “La Muerte del Humanismo en Chile” insistiré en este punto tan importante de la obra de nuestro autor.

Solar Correa no alcanza a ver con nitidez al hombre en las producciones de Olivares: éste carece de “imaginación y sensibilidad”, en cambio se barrunta en sus páginas al sujeto de voluntad inflexible, muy franco, “de clara lucidez mental y al apóstol de alma robusta, entera, sin repliegues, embarnecida en la soledad de las selvas, temperamento brusco, absoluto, violento en su sinceridad; existe en nuestro jesuita un algo del primitivismo no exento de grandeza”.

“Español de sangre, podría considerarse como el postrer sobreviviente de la familia de los misioneros castellanos”, en quien nuestro autor rinde homenaje a esa raza de hidalgos de la tierra “donde no se ponía el sol”.

“Semblanza Literaria de la Colonia” termina con la personalidad de

## FELIPE GOMEZ DE VIDAURRE

el último de los historiadores de la colonia en el orden cronológico y literario.

El Padre Gómez de Vidaurre, secularizado después de la expulsión de los jesuitas, escribió en Bolonia de Italia la HISTORIA GEOGRAFICA NATURAL Y CIVIL DEL REINO DE CHILE en dos volúmenes.

Tanto en el orden histórico como en el de la naturaleza, la obra tiene graves defectos, sin embargo Solar Correa asegura que en otros aspectos no carece de interés. "Ojalá fuera verdad tanta belleza". "Desde luego —dice— representa un jalón importante dentro de la evolución de nuestra Literatura y además ese pequeño personaje, curioso, original, que anda, se mueve y agita a través de sus páginas, algo significa. Adivinamos en él desde luego, una mentalidad nueva, producto de fines del siglo XVIII inencontrable en épocas anteriores". Es el producto híbrido del neoclasicismo y del enciclopedismo y naturalmente no podemos encontrarlo en los dos siglos anteriores, centurias en las cuales imperó el buen gusto. El crítico, con muy buen humor y exceso de benevolencia, cree que "la prosa a veces insufrible" de Vidaurre cobra "a menudo un acento enérgico y no le falta en ocasiones vida y animación, aspectos que revisten su estilo de *cierto* interés literario". En sus páginas hiperbólicas divisa Solar Correa al costumbrista, sicólogo, crítico y moralista, pero pocas veces acierta cuando quiere penetrar en el alma de la raza española y americana. ¿Qué hay entonces digno de encomio en la obra de Gómez de Vidaurre?

"En la obra de nuestro abate —prosigue el amable autor de *Semblanzas Literarias*— informada en un espíritu siempre utilitario, un momento único en que despunta una preocupación estética, y es cuando se refiere a la falta de gusto artístico que dominaba en las viejas ciudades coloniales. Se queja del mal gusto en las construcciones". No siempre la crítica de Vidaurre era estéril y destructiva, algunas veces da buenos consejos y "desde su mesa de escribir, imagina e inventa nuevas industrias, nuevos métodos, que, en su opinión, si se pusieran harían próspero y rico al país".

El hombre está todo entero en los dos volúmenes de su obra

“un hombrecillo nervioso, bilioso, irritable, poseído de un solo amor —amor violento en su exclusividad: el amor al suelo patrio, totalmente negado a los goces de la contemplación, de la poesía, y en consecuencia inapto para la vida del arte o para los arrebatados éxtasis del místico”. “Era un hombre práctico, positivo, pero negado también a los placeres sensuales y por su mezquina salud, hubo de recluirse en su gabinete”. Pero le sobraban energías, ímpetu y vehemencias intelectuales. “Soñaba con escribir una obra en la cual implantaría un nuevo sistema histórico cuya trascendencia iba a ser incalculable. No tenía el pobre fraile ninguna noción del ridículo”.

“Vivió retirado del mundo y por lo mismo no se dio cuenta de la relatividad de las cosas y en particular de sus talentos”.

Era un ególatra consumado, un fatuo intolerable: para él no había nada bueno, el mismo se propuso como ejemplo y modelo, hablaba siempre en primera persona.

A través de la pintoresca semblanza de este obscuro personaje, he quedado convencido de que, no obstante su buena intención, Solar Correa no pudo “convertir las piedras en pan”.

El autor al terminar su estudio se pregunta: “¿No había mucho de Vidaurre en los Carrera, en Camilo Henríquez y en don José Antonio Rojas?, ya el revolucionario en potencia: falta sólo el tiempo, que ha de hacerlo germinar, y las circunstancias que lo arrojarán a la acción”.

“Sin espíritus como el de Vidaurre —inquietos, impetuosos, impulsivos— no se habría realizado la emancipación de América”. Quizás... Esta afirmación tan rotunda daría tema para un largo y apasionante estudio.

En mérito de su libro “Semblanzas Literarias de la Colonia”, la “Academia Italia” otorgó al autor el magnífico PREMIO ROMA.

#### LA MUERTE DEL HUMANISMO EN CHILE

ve la luz pública un año antes del fallecimiento de Solar Correa y en este ensayo, mejor que en ninguno otro, encontramos al hombre enamorado de las disciplinas clásicas por las cuales trabajó toda su corta vida en la cátedra y en el libro.

Ya en 1927 había redactado un hermoso y bien razonado “Manifiesto” para obtener de las autoridades públicas la repo-

sición de los estudios clásicos, a saber del griego y del latín en las humanidades, pero naturalmente era una "voz que clamaba en el desierto": a partir del último cuarto del siglo pasado, aquí en Chile no se hizo otra cosa que atiborrar de conocimientos a los educandos, sin base humanística seria. Contra esta tendencia batalló siempre Solar Correa y en este libro polémico e histórico, escribe "uno de los capítulos más trascendentales y también más tristes de nuestra cultura".

D. Alfonso Bulnes, fino espíritu, al incorporarse en la Academia de la Historia para suceder al autor de *LA MUERTE DEL HUMANISMO EN CHILE*, dice algo muy atinado respecto al título de la obra que comentamos: "Ante este título, surge el deseo de hacer un reparo: ¿puede morir lo que nunca ha nacido? Con esa estrictez léxica que caracterizó a Solar Correa, más adecuado le hubiera sido titular el ensayo: el aborto del humanismo en Chile, o también la Muerte de la enseñanza del latín en Chile. Porque aquí nunca alcanzó a existir humanismo y si en Bello tuvimos un humanista eminente, la preñez humanística de la República que debía asegurar la continuación de su obra fue interrumpida casi junto con la vida del padre".

Eduardo Solar Correa piensa lo mismo que el señor Bulnes porque en el prefacio de su ensayo, expresa que, a la enseñanza del latín "poco más o menos se redujo en sus mejores tiempos el humanismo en Chile". Recuerda que durante la Colonia los estudios se hallaban dispuestos en tres ciclos: Latín, verdadera gimnasia de la inteligencia, en la cual los jóvenes preparábanse para los estudios de Filosofía, disciplina en la cual el alumno se adentraba en el conocimiento de las cosas humanas y terrestres, y el tercero, la Teología que, como una "ávida mirada hacia el más allá, servía de coronación a todos los estudios".

En los primeros años de la República, el latín tuvo la supremacía y nadie osó discutirlo hasta que José Miguel Infante tuvo la peregrina ocurrencia —como todas las suyas— de arremeter contra el idioma del Lacio. Don Andrés Bello que ejercía un vasto magisterio literario entre nosotros, refutó con argumentos irreductibles al atolondrado federalista y por respeto al sabio mentor de la juventud chilena, Infante guardó un discreto silencio.

Bello, que temía por la suerte del Latín, volvió sobre el tema en el famoso y trascendental discurso con que inauguró la Universidad de Chile en 1842 y dejó bien en claro que la herencia intelectual de Grecia y Roma sacó al mundo de la barbarie y le llevó por los caminos de la cultura y de la civilización.

Durante treinta años, los estudios clásicos —dice Solar Correa— pudieron florecer tranquilos gracias al influjo que ejercieron en la enseñanza los aventajados discípulos de Bello. Vicuña Mackenna les asestó un golpe mortal en 1863 con el proyecto presentado para desterrar de la enseñanza la lengua latina; pero el anciano maestro, casi inválido lo detuvo y la Facultad de Humanidades rechazó unánimemente el proyecto. Vicuña Mackenna, “cerebro impulsivo e indisciplinado, que nunca pudo dominar ni la ortografía de su propio idioma, miraba con horror la austera disciplina de las lenguas clásicas” y a la muerte de Bello, el intuitivo historiador, impugnó de nuevo la enseñanza del Latín y comenzó entonces el doloroso y largo Vía Crucis del idioma del Lacio.

Vicuña Mackenna consideraba al latín “como una momia que en vano pretende ataviar con los ropajes de una eterna juventud”. El decano de la Facultad, don Domingo Santa María, encargó el estudio del problema a una comisión integrada por don Joaquín Larraín Gandarillas, rector del Seminario de Santiago, don Diego Barros Arana, Rector del Instituto Nacional y don Benjamín Vicuña Mackenna, autor del proyecto.

La comisión no se puso de acuerdo, pero Larraín Gandarillas que recientemente habíase incorporado a la Facultad con un discurso sobre la necesidad del estudio del latín, se convirtió en su más acérrimo protector. Tan convincente y persuasiva debió ser la defensa del señor Larraín Gandarillas que Barros Arana se puso de parte suya y Vicuña Mackenna quedó solo.

El discurso de incorporación a la Facultad de Humanidades y el Informe acerca del latín, permitieron a Solar Correa conocer la personalidad de don Joaquín Larraín Gandarillas; y en este ensayo le rinde el más ferviente homenaje: “Ninguna figura —expresa— a excepción de Bello, se destaca con tan alto y noble relieve como este don Joaquín Larraín Ganda-

rillas, patricio de la sangre y del talento, al cual hasta ayer —debemos confesarlo— ignorábamos casi en absoluto. Es el único tal vez en quien descubrimos una verdadera visión del porvenir y un sentido exacto de la realidad chilena, y en suma una inteligencia superior, eminentemente europea”.

Larraín Gandarillas decía en su informe que los jóvenes “buscan los establecimientos de educación en su mayor parte a fin de salvar los requisitos exigidos por la Universidad para concesión de grados, y no un camino que los lleve a adquirir conocimientos sólidos”.

Recuerda en seguida lo que decía ya el Padre Olivares en el siglo XVIII, al censurar en los chilenos “ese espíritu imprudente de apetecer y procurar los premios de la ciencia; no la ciencia misma”. “Es lo cierto —agrega Solar Correa— nos falta el gusto del estudio. Sólo nos interesan los títulos y diplomas. La venta que de ellos se hizo a veces en la Colonia no indica sólo una corruptela universitaria, acusa toda una psicología”. “Luego explica que en el fondo de todo esto —como en toda cosa americana— se oculta la espesa borra de un problema racial”.

Este es el tono de todo el libro. Critica en seguida la enseñanza de las humanidades, dice que son una mera instrucción en que se atiborra de conocimientos, sin método ni orientación, ni mucho menos utilidad práctica.

Combate con Larraín Gandarillas ese “afán de formar sólo intelectuales, sin acordarse de que también Chile necesita brazos que exploten su agricultura y su industria que están en la infancia”. Ridiculiza a las universidades obreras y ferroviarias, “cuyo solo título ya es un absurdo” y a los obreros y artesanos convertidos en seudo literatos por obra de sus padres que los apartan de los oficios manuales, sin tener capacidad ni vocación para las letras y profesiones liberales.

La facultad de Filosofía y Humanidades, visto el informe de Larraín Gandarillas y Barros Arana, rechazó por segunda vez el proyecto de Vicuña Mackenna.

Once años más tarde una nueva ofensiva, esta vez del Ministro liberal don Miguel Luis Amunátegui, discípulo desleal de Bello, echó por tierra la enseñanza obligatoria del latín.

Desde el 23 de septiembre de 1876, fecha del decreto que perpetró el latinicidio, los jóvenes podrían elegir entre el idioma del Lacio y una lengua viva, o bien tres idiomas modernos: inglés, francés y alemán.

La prensa aplaudió la reforma con excepción de "El Estandarte Católico", dirigido a la sazón por el Pbro. don Crescente Errázuriz, quien protestó por la arbitraria medida y adivinó la futura supresión definitiva.

El latín "es odiado precisamente porque es útil; esto es, porque exige contracción, estudio, perseverancia" —decía el diario católico—, o en otras palabras, como escribe Solar Correa, "porque engendra cultura. La cultura consiste en eso, en la formación de la inteligencia y del carácter, y esto sólo se alcanza mediante un esfuerzo arduo y tenaz".

Desgraciadamente los hispanoamericanos y especialmente los chilenos, en general, sólo perseveramos en la crítica que lo destruye todo sin construir nada.

Más adelante sostiene que cristianizar es civilizar. "El siglo pasado —agrega— que deslatinizó las inteligencias y descristianizó los corazones, cometió un doble crimen de lesa cultura".

"Con los estudios realmente profundos —prosigue Solar Correa— no había peligro de que buena parte de la población ocupara sus años floridos en prepararse para el fracaso: para el dulce vegetar de los puestos públicos. El decreto de 1876, que rompió el dique, viene a ser la raíz, el origen remoto pero necesario de la universal empleomanía chilena y de esta imponente máquina administrativa que abrumba al país, hoy por hoy uno de los problemas nacionales más serios e insolubles".

"Había el propósito preconcebido de acabar con el latín y no se equivocaba "El Estandarte Católico" al asegurar que se procedía mañosamente". "El sectarismo político informaba entonces todos los actos, se entrometía en todos los problemas, y fue, como habría dicho Alfonso Quijano, la razón de todas las sinrazones de nuestro siglo XIX".

"El Ministro Amunátegui, político más que escritor, creía que el latín era provechoso; pero no aceptaba que fuese indispensable para quien se dedique a la carrera de las letras y de

las ciencias. En mi concepto —decía— la base del curso de humanidades ha de ser no la gramática latina, sino la castellana”.

El señor Amunátegui, cegado por la pasión política, aparentemente ignoraba la jerarquía de valores culturales: para seguir con fruto las llamadas carreras liberales, el conocimiento del latín es indispensable; en los estudios de Derecho y de Medicina, por ejemplo, la ignorancia de este idioma es un grave tropiezo, máxime para los catedráticos que enseñan Derecho Romano ¡Dios mío, cómo traducen y pronuncian la lengua del Lacio algunos profesores...! Sólo una mente ofuscada como la de Amunátegui podía afirmar que la base del curso de humanidades ha de ser la Gramática Castellana y no la Latina.

El mismo Amunátegui, Ministro de nuevo, cantó la palinodia tres años más tarde y el 9 de enero de 1879 decretó la obligatoriedad del latín, durante tres años en las humanidades; además conjuntamente con este idioma, el estudio de una lengua viva —el inglés o el francés—, en la misma forma que antes. ¡Pobre educación chilena! Siempre ha sido la primera víctima de nuestra politiquería.

El doctor Augusto Orrego Luco, bajo el seudónimo de Ruy Blas, se lanzó contra el latín en *El Ferrocarril* y en su obcecación atrevióse a decir entre otras cosas “que si los eclesiásticos brillan por sus virtudes, no brillan por sus letras”.

Solar Correa, católico sincero, pulveriza el sofisma con su lógica de hierro y advierte que aunque los clérigos “tienen consagrada su vida a una gloria que no es la literaria, en Chile y en el mundo, especialmente en España, la Iglesia ha tenido grandes escritores y nombra a unos pocos...”, José Hipólito Salas, Valdivieso, Taforó, Larraín Gandarillas, Casanova, Muñoz Donoso, Ramón Angel Jara en la República y en la Colonia Ovalle, Rosales y Olivares. Recuerda que los principales autores del Siglo de Oro Español eran sacerdotes. Una miopía semejante en hombres inteligentes y cultos como el doctor Orrego Luco sólo se explica por la pasión política. Años más tarde el doctor se arrepintió de su latinicidio y entonó un fervoroso “*mea culpa*”. Como una ironía de la vida, cuando la Universidad celebró sus cincuenta años de médico y escritor, le otorgó un pergamino en latín.

Pero el Vía Crucis de la lengua madre, no terminaba: el 8 de noviembre de 1880 otro decreto fijaba el Plan de Estudios y el idioma del Lacio pasó de nuevo a ser optativo. En la sesión del Consejo de Instrucción Pública, que precedió al decreto, sólo defendieron el latín Larraín Gandarillas, don Ignacio Domeyko, Antonio Varas, Vargas Fontecilla y Ocampo. En 1901 se consumó el vandalismo literario con la supresión definitiva de la lengua clásica.

Solar Correa termina su valioso ensayo con la encuesta que se realizó en Francia en 1929, en la cual los mejores intelectuales de esa nación se mostraron partidarios de la enseñanza del latín en las humanidades. Uno de ellos, discípulo de Comte, M. H. Boegner, dijo que “los estudios clásicos crean, por una parte, un privilegio intelectual, que acomoda mal a cierta demagogia y siendo la democracia el reino del número, odia de instinto un sistema que tiende a formar una “élite” de la inteligencia”.

El gran defensor de nuestros estudios clásicos, en las últimas páginas de su polémico ensayo, dice con Maurras: “El siglo XIX —le siècle stupide— decapitó nuestra cultura en ciernes”.

“Somos hijos de un continente que se da el nombre de América Latina y no sabemos nada de las fuentes etimológicas que en otros hemisferios riegan y renuevan nuestro idioma devolviéndole su primer verdor”.

Solar Correa integra la preclara trilogía de los más tenaces propugnadores de la enseñanza del latín en Chile: junto con Andrés Bello y Joaquín Larraín Gandarillas.

Termina su libro LA MUERTE DEL HUMANISMO EN CHILE, con las palabras del primer humanista hispanoamericano: “Dijo Bello que las ondulaciones de la cultura —y cultura era para Bello, humanismo— aquí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarían por fin cuantas barreras se les opusieran, y cubrirían la superficie del globo”.

Pero el incansable y malogrado apóstol de la restauración de los estudios clásicos tenía mucha experiencia y las últimas palabras de su breve ensayo son pesimistas y desconsoladoras: “Ojalá que el turno no nos llegue cuando sea demasiado tarde”. Y estaba en la razón. Fue profeta. . . y en su propia tierra.

## LITERATURA ESPAÑOLA

El autor no estaba satisfecho de su trabajo, hombre metódico, sereno y mesurado, nacido para la cátedra, emprendió poco antes de morir, la revisión de su obra didáctica con el título de "Literatura Española", libro que apareció tres meses después de su prematura muerte. En ella amplía y perfecciona sus textos de Idioma Patrio con buen gusto y excelente pedagogía. Dedicó mayor extensión al movimiento político e intelectual, a la evolución social de la península ibérica, a los diversos géneros literarios y a los autores, cuya labor examina prolijamente y con riguroso espíritu analítico; además hace una breve biografía de los principales escritores.

Este no es sólo un texto de estudio para orientar a profesores y alumnos, sino una obra para gente culta y estudiosa, en la cual el maestro puso todo su amor entrañable a España y al áureo siglo que enriqueció la literatura universal; pero como dice Alone, Solar Correa no se encierra "en las épocas pretéritas ni tampoco en la simple actualidad. Sacaba de las unas, lecciones para la otra y de ésta, claridad para iluminar a aquélla".

La obra no le va en zaga a las mejores que se han escrito en España sobre la materia, entre otras a la del catedrático José García López.

## LAS TRES COLONIAS

Finalmente, un año después del viaje de Solar Correa a "la morada sin pesar", sus discípulos y admiradores publicaron la obra póstuma del escritor: LAS TRES COLONIAS.

Ninguno de los historiadores chilenos, salvo don Francisco Antonio Encina, dio una idea tan clara de la Colonia, como la que ofrece Solar Correa en esta obra reducida pero compacta, en la cual intuye e interpreta en forma acabada aquella época que él denominó la "incomprendida Edad Media Chilena".

Lo que don Francisco Antonio Encina ha llamado con tanta propiedad "nuestra infancia mental", impidió ver con claridad

esos tres siglos que prepararon el terreno para construir más tarde nuestra patria.

Solar Correa en cincuenta densas páginas, en las cuales sin duda, habrá algunas discutibles y hasta pasadas de moda, traza en frases cáusticas y severas, del más puro clasicismo, el retrato de esa época rica en datos reveladores sobre la raza chilena, tan mal estudiada y peor comprendida por el sectarismo y la leyenda negra antiespañola.

En esta obra van apareciendo a la vista del lector, cada uno de los períodos de la Colonia, sin fatigarnos con fechas ni marmotretos. Describe con tal destreza el suceder de los diversos cambios en la vida religiosa, intelectual, política, social e industrial que permite divisar desde este siglo de la técnica, el lento desarrollo de nuestra nacionalidad con sus virtudes y defectos. La religiosidad está analizada en forma muy cristiana, pero con la imparcialidad objetiva del verdadero crítico de la historia: en la formación de nuestra Iglesia, aparecen todos los matices del hermoso cuadro con toda la viveza y seguridad de la pluma maestra de Solar Correa. En el acrecentamiento de las actividades intelectuales, el católico ejemplar hace obra de justicia a la Iglesia que dirigió y orientó aquí, el movimiento cultural de la Colonia. En las páginas vigorosas donde habla de la vida social, vemos actuar a nuestros antepasados, en el hogar acogedor, en la plaza, en los Tajamares y en la Alameda, con el aire de los grandes señorones de plateadas barbas españolas; a las mujeres de aquel tiempo las imaginamos primero guerreras, provocativas y sensuales; después aparecen nuestras abuelas, dignas, austeras y bondadosas con las luengas trenzas sobre las espaldas o sus cabelleras cubiertas por las aristocráticas mantillas españolas.

La vida social con sus típicos entretenimientos: primero el naipe y los malones, después el baile y los grandes saraos que dieron otra modalidad a los hogares patriarcales.

El gobierno centralizado en el Gobernador, da comienzo a la fundación de villas y universidades y promueven las obras públicas; finalmente vemos a la Colonia magnífica de las postimerías del siglo XVIII.

Se ha criticado a Solar Correa, porque dice que en general el clero y los religiosos, sólo proporcionaban a "sus fieles, altos ejemplos de moralidad y cultura". Tal afirmación no significa de ninguna manera que no hubiesen existido algunos escándalos y abusos. Históricamente el autor está en lo cierto, él no entra en pormenores ni niega que existiesen irregularidades; no debemos olvidar de que se trata de una síntesis de la vida colonial chilena.

A un cuarto de siglo de distancia la personalidad de Eduardo Solar Correa está situada entre los más grandes maestros de la crítica literaria de nuestra tierra.

### B I B L I O G R A F I A

- |                                     |  |
|-------------------------------------|--|
| Idioma Patrio, 1922. Epoca Arcaica. | Semblanzas Literarias de la Colonia, 1933.       |
| Idioma Patrio. Siglo de Oro.        | La Muerte del Humanismo en Chile, 1934.          |
| Idioma Patrio. Epoca Moderna.       | Literatura Española. 3 vols. Obra póstuma, 1935. |
| Poetas de Hispanoamérica.           | Las Tres Colonias. Obra póstuma, 1936.           |
| Selección y notas, 1926.            |  |
| Escritores Chilenos. 2 vols., 1932. |  |
| Técnica Literaria, 1933.            |  |

### ALGUNOS ESTUDIOS Y OPINIONES SOBRE EDUARDO SOLAR CORREA, PUBLICADOS EN LIBROS, REVISTAS, DIARIOS E INEDITOS

#### *Libros*

<sup>1</sup>Oswaldo Vicuña Luco, *Correspondencia crítica literaria, Apuntes íntimos y divagaciones*. Santiago de Chile. Imprenta Universitaria, 1946, págs. 197 a 199, 350, 354 a 357, 379-380.

<sup>2</sup>*Historia de la Literatura Chilena*. Hugo Montes - Julio Orlandi. Editorial del Pacífico, 1955, págs. 288-289.

<sup>3</sup>*Estudios sobre la Literatura Chilena*. Tomo III. Editorial Nascimento.

to. Santiago, 1940. Chile, págs. 173-196.

#### *Revistas*

<sup>1</sup>*Hoy*. Santiago, 19 de julio de 1935. Año IV, N<sup>o</sup> 191, pág. 16. Actualidad Nacional.

<sup>2</sup>*Revista Católica*. Santiago, 27 de julio de 1935. Año 35, N<sup>o</sup> 791, págs. 65-68.

<sup>3</sup>*Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. Año III, N<sup>o</sup> 6. 2<sup>o</sup> Semestre, 1935.

- <sup>4</sup>*Atenea. Revista de la Universidad de Concepción.* Año XII. Tomo XXXII, N° 126. Diciembre, 1935. Tríptico: Un hombre de Ciencia. Un hombre de Letras. Un hombre de Fe, pág. 426.
- <sup>5</sup>*Estudios.* Año IV, N° 45. Santiago, 15 de agosto de 1936.
- <sup>6</sup>*Homenaje de la Academia Chilena de la Historia a don Eduardo Solar Correa,* págs. 1-80. Separata, 1936. Santiago.
- <sup>7</sup>*Zig-Zag.* Santiago. Año XLI, 6 de septiembre de 1940. Edición 2111.
- <sup>8</sup>Alfonso Bulnes. Semblanza de Eduardo Solar Correa. *Discurso de Incorporación en la Academia Chilena de la Historia.* Tirada aparte del Boletín de la Academia de la Historia. IV Trimestre, 1940. Año VII, N° 15. Imprenta "El Esfuerzo". Eyzaguirre 1116-18. Santiago, 1941.
- De la prensa*
- <sup>1</sup>*La Nación* de Santiago. 22 de agosto de 1926.
- <sup>2</sup>*El Liberal* de Santiago. 7 de enero de 1934. Leo Par.
- <sup>3</sup>*El Mercurio* de Santiago. 22 de abril de 1934.
- <sup>4</sup>*El Mercurio* de Santiago. 22 de agosto de 1934.
- <sup>5</sup>*El Diario Ilustrado* de Santiago. 29 de marzo de 1935.
- <sup>6</sup>*La Unión* de Valparaíso. 12 de julio de 1935. Fernando Durán.
- <sup>7</sup>*El Diario Ilustrado* de Santiago. 22 de julio de 1935. M. V.
- <sup>8</sup>*La Nación* de Santiago. 14 de julio de 1935. Alone.
- <sup>9</sup>*El Diario Ilustrado* de Santiago. 15 de julio de 1935. Carlos de Arosa. (Carlos Charlín Correa).
- <sup>10</sup>*La Nación* de Santiago. 3 de noviembre de 1935, II. Edad de Oro. Eduardo Solar Correa. Imprenta Universitaria. Alone.
- <sup>11</sup>*La Nación* de Santiago. 5 de enero de 1936. Crónica Literaria. Alone.
- <sup>12</sup>*El Diario Ilustrado* de Santiago. 23 de marzo de 1936. Libros. *Las Tres Colonias*, por Eduardo Solar Correa. M. V.
- <sup>13</sup>*La Nación* de Santiago. 29 de marzo de 1936. Homenaje a Eduardo Solar Correa.
- <sup>14</sup>*El Imparcial* de Santiago. 10 de julio de 1936. Don Eduardo Solar Correa.
- <sup>15</sup>*El Diario Ilustrado* de Santiago. 30 de agosto de 1936. Página Literaria. Sin firma. Reproducido de la Revista *Estudios*. Año IV, N° 45, Santiago. 15 de agosto de 1936 (corresponde a Fidel Araneda Bravo).
- <sup>16</sup>*El Diario Ilustrado* de Santiago. 18 de abril de 1941. Semblanza

- de Eduardo Solar Correa. C. R. C. (Carlos René Correa).
- <sup>17</sup>*El Mercurio de Santiago*. 28 de marzo de 1943. Crónica Literaria. *Las Tres Colonias*. Eduardo Solar Correa. Zamorano y Caperán. Alone.
- <sup>18</sup>*La Nación* de Santiago. 11 de julio de 1943. Crónica Literaria. *Las Tres Colonias*. (Ensayo de Interpretación histórica, por Eduardo Solar Correa. Ed. Zamorano y Caperán. Santiago, 1943. Ricardo A. Latcham.
- <sup>19</sup>*El Mercurio* de Santiago. Crónica Literaria. Alonso de Ovalle, por Pedro Lira Urquieta. Ed. Difusión. Alone.
- <sup>20</sup>*El Imparcial* de Santiago. 14 de julio de 1945. Marck Rod. Sobre las Semblanzas de Solar Correa.
- <sup>21</sup>*El Mercurio* de Santiago. 29 de julio de 1945. Crónica Literaria. Semblanzas Literarias de la Colonia, por Eduardo Solar Correa. 2ª Ed. Difusión. Alone.
- <sup>22</sup>*El Imparcial* de Santiago. 31 de octubre de 1948. El Panteón de los Escritores, por Pedro Selva. (Hernán Díaz Arrieta).
- <sup>23</sup>*El Mercurio* de Santiago. 21 de junio de 1953. Vigésimo Aniversario. Semblanzas Literarias de la Colonia. Alone.

#### *Documentos Inéditos*

- <sup>14</sup>"Eduardo Solar Correa". Conferencia leída por don Ricardo Dávila Silva en la Universidad Católica de Santiago el 11 de agosto de 1937.